

Emmanuel Carrère

De vidas ajenas

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
D'autres vies que la mienne
© P.O.L éditeur
Paris, 2009

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français
chargé de la culture-Centre national du Livre
Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Chris Friel / Trevillion Images

Primera edición: mayo 2011

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2011
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7563-8
Depósito Legal: B. 10583-2011

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Me acuerdo de que, la noche antes de la ola, Hélène y yo habíamos hablado de separarnos. No era complicado: no vivíamos bajo el mismo techo, no teníamos hijos en común, hasta podíamos pensar en seguir siendo amigos; sin embargo, era triste. Conservábamos en la memoria otra noche, justo después de habernos conocido, que pasamos repitiendo que nos habíamos encontrado, que viviríamos juntos el resto de nuestra vida, que envejeceríamos juntos e incluso que tendríamos una niña. Más tarde tuvimos una niña, en el momento en que escribo seguimos esperando envejecer juntos y nos complace pensar que lo comprendimos todo desde el principio. Pero desde aquel comienzo había transcurrido un año complicado, caótico, y lo que nos parecía cierto en el otoño de 2003, en el embeleso del flechazo, lo que nos sigue pareciendo cierto, en todo caso deseable, cinco años más tarde, ya no nos parecía en absoluto cierto ni deseable aquella noche de la Navidad de 2004, en nuestro bungalow del Hotel Eva Lanka. Por el contrario, estábamos seguros de que aquellas vacaciones eran las últimas, y que a pesar de nuestra buena voluntad habían sido un error. Acostados uno junto al otro, no nos atrevíamos a

hablar de la primera vez, de aquella promesa en la que los dos habíamos creído con tanto fervor y que era evidente que no se cumpliría. No había hostilidad entre nosotros, simplemente nos veíamos alejarnos con pena: era una lástima. Yo rumiaba mi incapacidad de amar, tanto más patente porque Hélène era una persona muy amable. Pensaba que envejecería solo. Ella pensaba en otras cosas: en su hermana Juliette, que justo antes de partir nosotros había sido hospitalizada a causa de una embolia pulmonar. Hélène tenía miedo de que cayera gravemente enferma, de que se muriera. Yo alegaba que aquel miedo no era racional, pero colonizó enseguida todo el estado de ánimo de Hélène, y yo le reprochaba que se dejase invadir por algo en lo que yo no tenía ninguna participación. Salió a fumar un cigarrillo a la terraza del bungalow. La esperé tumbado en la cama, diciéndome: si vuelve pronto, si hacemos el amor, quizá no nos separemos, quizá envejeczamos juntos. Pero ella no volvió, se quedó sola en la terraza mirando cómo se iluminaba poco a poco el cielo, escuchando los primeros trinos de los pájaros, y yo, por mi lado, me quedé dormido, solo y triste, convencido de que mi vida iba a empeorar cada vez más.

Nos habíamos inscrito los cuatro, Hélène y su hijo, yo y el mío, para una clase de submarinismo en un pequeño club del pueblo vecino. Pero a Jean-Baptiste, después de la clase anterior, le dolía un oído y no quería volver a bucear, y nosotros estábamos cansados por la noche casi en blanco y habíamos decidido anularla. Rodrigue, el único que de verdad tenía ganas de ir, se sintió frustrado. Pues báñate en la piscina, le dijo Hélène. Él habría querido que por lo menos alguien le acompañase a la playa, debajo del hotel, donde no se le permitía ir solo porque había corrientes peligrosas. Pero nadie quiso acompañarle, ni su madre ni yo

ni Jean-Baptiste, que prefería leer en el bungalow. Jean-Baptiste tenía entonces trece años, yo le había impuesto más o menos aquellas vacaciones exóticas en compañía de una mujer a la que conocía poco y de un chico mucho más joven que él, y desde el comienzo de la estancia se aburría y nos lo daba a entender quedándose en su rincón. Cuando, enfadado, le pregunté si no quería estar allí, en Sri Lanka, me contestó de mala manera que sí, que estaba contento, pero que hacía demasiado calor y que donde mejor se sentía era en el bungalow, leyendo o jugando con la Game Boy. Era un preadolescente típico, en suma, y yo un padre típico de preadolescente, y me sorprendía de decirle, casi textualmente, las cosas que a mí a su edad me exasperaba tanto oír de boca de mis padres: deberías salir, tener curiosidad, para qué ha servido traerte tan lejos... Una pérdida de tiempo. Se metió en su madriguera y Rodrigue, abandonado, empezó a ir de un lado a otro y a hostigar a Héléne, que intentaba dormir al borde de la inmensa piscina de agua de mar donde una alemana de edad pero increíblemente atlética, que se parecía a Leni Riefenstahl, nadaba dos horas seguidas todas las mañanas. Yo, sin dejar de compadecerme por mi incapacidad de amar, fui donde los ayurvédicos, como llamábamos al grupo de suizos alemanes que ocupaban bungalows un poco separados y seguían un curso de yoga y de masajes indios tradicionales. Cuando no estaban en sesión plenaria con su maestro, a veces iba a hacer algunas posturas con ellos. Volví después a la piscina, ya habían servido los últimos desayunos y empezado a poner las mesas para la comida; pronto se plantearía la cuestión fastidiosa de qué íbamos a hacer por la tarde. Tres días después de nuestra llegada, ya habíamos visitado el templo en el bosque, dado de comer a los pequeños monos, visto a los budas yacentes y, a no ser que nos lanzáramos a hacer excursiones cultura-

les más ambiciosas, que no nos tentaban a ninguno, ya habíamos agotado los recursos del lugar. O si no habríamos tenido que ser de esas personas que pueden pasarse días en un pueblo de pescadores y apasionarse por todo lo que hacen los autóctonos, por el mercado, las técnicas de reparación de redes, los rituales sociales de todo tipo. A mí no me apetecía y me reprochaba que no me apeteciese, me reprochaba no transmitir a mis hijos esta curiosidad generosa, esta agudeza de la mirada que admiro por ejemplo en Nicolas Bouvier. Me había traído *El pez escorpión*, un libro en que este escritor-viajero cuenta un año pasado en Galle, un pueblo grande situado a una treintena de kilómetros del lugar donde nos encontrábamos, en la costa sur de la isla. No es como *Los caminos del mundo*, su relato más célebre, un libro de admiración y celebración pero de derrota, de pérdida, de abismo más que rozado. Describe Ceilán como un sortilegio, en el sentido pérfido del término, no el de las guías turísticas para mochileros enrollados y recién casados. Bouvier estuvo a punto de perder la razón aquí y nuestra estancia, proyectada como un viaje de bodas o como un examen de grado para una eventual familia recompuesta, había fracasado. Fracasado suavemente, por otra parte, sin elementos trágicos ni riesgo. Yo empezaba a tener prisa por marcharme. Al atravesar el vestíbulo con claraboya, invadido por las buganvillas, me crucé con un cliente del hotel que se impacientaba porque no había manera de enviar un fax: la electricidad estaba cortada. En la recepción le habían dicho que había sucedido algo en el pueblo, que el origen del corte era un accidente, pero él no había entendido muy bien qué pasaba, lo único que esperaba era que no durase mucho tiempo porque su fax era muy importante. Me reuní con Hélène, que ya no dormía, y me dijo que pasaba algo raro.

La imagen siguiente es la de un pequeño grupo de clientes y personal del hotel, agolpados en una terraza al fondo del parque que domina el océano. A primera vista, extrañamente, no notamos nada. Todo parece normal. Después, es como si nos diéramos cuenta. Nos percatamos de que el agua está muy lejos. Entre la orilla de las olas y el pie del acantilado, la playa tiene normalmente una veintena de metros. Aquí se extiende hasta perderse de vista, gris, plana, centelleante bajo el sol nublado: se diría el Monte Saint-Michel con marea baja. También advertimos que está sembrada de objetos cuya escala no medimos al principio. Ese leño retorcido, ¿es una rama arrancada o un árbol? ¿Un árbol muy grande? Esa barca desmantelada, ¿no sería algo más que una barca? ¿No es claramente un barco, un bou, vomitado y roto como una cáscara de nuez? No se oye ningún ruido, ni un soplo agita los penachos de los cocoteros. No me acuerdo de las primeras palabras pronunciadas en el grupo al que nos hemos unido, pero en un momento dado alguien murmuró: *Two hundred children died at school, in the village.*¹

Construido sobre el acantilado que cae a pico en el mar, el hotel está como arropado en la exuberancia vegetal de su parque. Hay que franquear una verja vigilada por un guarda y luego bajar una rampa de cemento para llegar a la carretera que bordea la costa. Al pie de esta rampa suele haber tuk-tuks, esos ciclomotores con toldo, equipados de un banco en el que caben sentadas dos personas, tres si se aprietan, y que sirven para los pequeños desplazamientos: hasta diez kilómetros; más allá se alquila un taxi. Hoy no hay

1. Doscientos niños han muerto en la escuela del pueblo.
(N. del T.)

tuk-tuks. Hélène y yo bajamos hasta la carretera con la esperanza de averiguar qué ocurre. Parece algo grave, pero, aparte del hombre que ha hablado de los doscientos niños muertos en la escuela del pueblo, y al que alguien ha contradicho diciendo que los niños no podían estar en la escuela porque era *Poya*, el Año Nuevo budista, nadie en el hotel parece saber más que nosotros. No hay tuk-tuks ni tampoco transeúntes. Suele haberlos siempre: mujeres cargadas con paquetes y que caminan en grupos de dos o tres, escolares con camisas blancas impecablemente planchadas, toda esa gente sonriente y que traba conversación muy de buena gana. Nada es anormal en la carretera al bordear la colina que la protege del océano. En cuanto la sobrepasamos y llegamos al llano, descubrimos que en un lado nada se ha movido, los árboles, las flores, las tapias, los tenderetes, pero que en el otro todo está devastado, envuelto en un barro negruzco como una corriente de lava. Al cabo de unos minutos caminando en dirección al pueblo, nos sale al encuentro un hombretón rubio, demacrado, con el pantalón corto y la camisa desgarrados, cubierto de barro y de sangre. Es holandés; curiosamente es lo primero que dice, y lo segundo es que su mujer está herida. La han recogido unos campesinos, él busca auxilio, pensaba que se lo prestarían en nuestro hotel. Habla también de una ola inmensa que ha reventado y después se ha retirado llevándose las casas y a la gente. Parece conmocionado, más estupefacto que aliviado de seguir vivo. Hélène propone que le acompañemos hasta el hotel: quizá funcione ya el teléfono y cabe esperar que entre los residentes haya un médico. Yo, por mi parte, quiero caminar un poco más, digo que enseguida me reuniré con ellos. A la entrada del pueblo, tres kilómetros más allá, reina una atmósfera de angustia y confusión. Se forman y se deshacen grupos, unos vehículos con toldo maniobran,

se oyen gritos, gemidos. Desciendo la calle que lleva a la playa, pero un policía me intercepta. Le pregunto qué ha ocurrido exactamente y responde: *The sea, the water, big water.* ¿Es verdad que hay muertos? *Yes, many people dead, very dangerous.* *You stay in hotel? Which hotel? Eva Lanka?* *Good, good, Eva Lanka, go back there, it is safe. Here, very dangerous.*¹ El peligro parece haber pasado, obedezco de todas maneras.

Hélène está furiosa conmigo porque me he marchado dejándole a los niños en los brazos cuando debería haber sido ella la primera en buscar noticias: es su oficio. Durante mi ausencia, ha recibido una llamada de LCI, la cadena informativa para la que escribe y presenta noticiarios. Es de noche en Europa, lo que explica que los demás clientes del hotel no hayan recibido aún llamadas de sus familias y amigos azorados, pero los periodistas de guardia saben ya que se ha producido una enorme catástrofe en el Sudeste Asiático, algo completamente distinto a una inundación local, como yo había creído al principio. Sabiendo que Hélène estaba de vacaciones allí, esperaban un testimonio en vivo, y ella no tenía apenas nada que contarles. ¿Qué tengo que contar yo? ¿Qué he visto en Tangalle? No tengo más remedio que confesar que poca cosa. Hélène se encoge de hombros. Yo me bato en retirada a nuestro bungalow. Estaba bastante emocionado, al volver del pueblo, porque, en medio de estas vacaciones que languidecían había sucedido algo extraordinario, y ahora estoy contrariado por nuestro enfado y por la conciencia de no haber estado a la altura de las

1. El mar, el agua, gran agua. Sí, muchas personas muertas, muy peligroso. ¿Se aloja en un hotel? ¿Qué hotel? ¿Eva Lanka? Bien, bien, vuelva allí, es seguro. Aquí, muy peligroso. (*N. del T.*)

circunstancias. Descontento de mí, vuelvo a zambullirme en *El pez escorpión*. Entre dos descripciones de insectos, esta frase me llama la atención: «Aquella mañana habría querido que una mano extraña me cerrase los párpados. Como estaba solo, los cerré yo mismo.»

Jean-Baptiste viene a buscarme al bungalow, trastornado. La pareja de franceses a los que conocimos hace dos días acaba de llegar al hotel. Su hija ha muerto. Me necesita para afrontar la noticia. Al caminar con él por el sendero que lleva al edificio principal, recuerdo nuestro encuentro, en un chiringuito de la playa a la que el policía no me ha dejado ir. Ellos ocupaban la mesa vecina a la nuestra. La treintena, él un poco más, ella un poco menos. Los dos guapos, alegres, amistosos, visiblemente muy enamorados el uno del otro y de su hija de cuatro años. Ella vino a jugar con Rodrigue, y fue así como entablamos conversación. A diferencia de nosotros, conocían muy bien el país, no vivían en un hotel sino en una casita que el padre de la joven alquilaba durante todo el año en la playa, a doscientos metros del chiringuito. Era la clase de gente que te alegras de encontrar en el extranjero, y nos despedimos con ganas de volver a vernos. Sin fijar una cita: nos toparíamos forzosamente, en el pueblo, en la playa.

Hélène está en el bar con ellos y un hombre de más edad cuyos pelo gris rizado y cara de pájaro hacen que se parezca al actor Pierre Richard. El otro día no nos dijimos los nombres, Hélène hace las presentaciones, Jérôme, Delphine, Philippe. Philippe es el padre de Delphine, el que alquila la casa en la playa. Y la niña que ha muerto se llamaba Juliette. Hélène lo dice con una voz neutra, Jérôme mueve la cabeza para confirmarlo. Su cara y la de Delphine no tienen expresión. Pregunto: ¿están seguros? Jérôme responde que

sí, acaban de volver del hospital donde han reconocido el cuerpo. Delphine mira hacia delante, no estoy seguro de que nos vea. Los siete estamos sentados, ellos tres, nosotros cuatro, en esas butacas y bancos de teca, con cojines de colores vivos; en la mesa baja que tenemos delante hay zumos de frutas, té, un camarero viene a preguntarnos lo que queremos tomar Jean-Baptiste y yo, y maquinalmente pedimos algo y después se restablece el silencio. Se prolonga hasta que Philippe empieza a hablar de pronto. No se dirige a nadie en particular. Su voz es aguda, entrecortada, da la impresión de un mecanismo descompuesto. Durante las horas siguientes, hará el mismo relato varias veces, casi idéntico.

Esta mañana, justo después del desayuno, Jérôme y Delphine se han ido al mercado y Philippe se ha quedado en casa para cuidar a Juliette y Osandi, la hija del dueño de la *guesthouse*. Leía el periódico local, sentado en su butaca de ratán en la terraza del bungalow. De tanto en tanto levantaba los ojos para vigilar a las dos niñas que jugaban en la orilla del agua. Saltaban y se reían entre las olitas. Juliette hablaba francés, Osandi cingalés, pero de todos modos se entendían muy bien. Una cornejas se repartían graznando las migajas del desayuno. Todo estaba en calma, el día iba a ser hermoso, Philippe había pensado en ir a pescar con Jérôme por la tarde. En un momento dado observó que las cornejas habían desaparecido, que ya no se oían trinos de pájaros. Entonces llegó la ola. Un instante antes el mar estaba quieto, un instante más tarde era una pared tan alta como un rascacielos y que se le venía encima. En lo que dura un relámpago, pensó que iba a morir y que no tendría tiempo de sufrir. La ola le sumergió, se lo llevó y le arrastró en su vientre inmenso durante un tiempo que le pareció inter-

minable, y luego salió a flote de espaldas. Pasó como un surfista por encima de las casas, de los árboles, de la carretera. Después la ola pasó en sentido inverso y le aspiró mar adentro. Vio que se precipitaba hacia paredes reventadas contra las que iba a estrellarse y tuvo el reflejo de agarrarse a un cocotero, que luego soltó para agarrarse a otro del que también se habría soltado de no ser porque algo duro, un trecho de empalizada, le tenía arrinconado y aplastado contra el tronco. A su alrededor pasaban a toda velocidad muebles, animales, personas, vigas, bloques de hormigón. Cerró los ojos creyendo que iba a triturarle uno de aquellos desechos gigantescos y los mantuvo cerrados hasta que cesó el mugido monstruoso de la corriente y oyó otra cosa, gritos de hombres y mujeres heridos, y comprendió que no había llegado el fin del mundo, que estaba vivo y que comenzaba la verdadera pesadilla. Abrió los ojos, se dejó resbalar a lo largo del tronco hasta la superficie del agua, que estaba completamente negra, opaca. Aún había corriente pero podía resistirla. Por delante de él pasó una mujer con la cabeza en el agua y los brazos en cruz. Los supervivientes empezaban a llamarse entre los escombros, los heridos gemían. Philippe vaciló: ¿sería mejor dirigirse hacia la playa o hacia el pueblo? Juliette y Osandi estaban muertas, de eso estaba seguro. Ahora tenía que encontrar a Jérôme y Delphine para decírselo. En lo sucesivo era su misión en la vida. El agua le llegaba hasta el pecho, estaba en bañador, manchado de sangre, pero no sabía con exactitud dónde estaba herido. Habría preferido quedarse donde estaba, aguardar a que llegaran los servicios de socorro, pero se obligó a ponerse en marcha. El suelo, bajo sus pies desnudos, era irregular, blando, inestable, tapizado de un magma de cosas cortantes con las que tenía un miedo horrible de herirse. A cada paso tanteaba el terreno, avanzaba despacio. A cien